

Compromisos éticos frente a la inteligencia artificial

Mariano Jabonero *

La expansión de la inteligencia artificial (IA) es una de las transformaciones más decisivas en la historia de la humanidad, lo cual no implica una mera innovación técnica, sino un fenómeno civilizatorio que ya está redefiniendo la relación que los seres humanos sostenemos con nociones como el conocimiento, el poder, la filosofía y la producción. Si pensamos en términos optimistas, la IA se ofrece a ampliar nuestros horizontes en más de un aspecto. Al dejar en manos de estas nuevas tecnologías las tareas repetitivas y rutinarias que hemos llevado adelante durante siglos, podremos liberar tiempo y energía para desarrollar el pensamiento, el cuidado, la creatividad y la cooperación. Los algoritmos serán capaces de procesar ingentes cantidades de datos que anticiparán crisis medioambientales y sanitarias, eficientizarán la explotación de recursos naturales e individualizan el instrumental educativo para tratar con empatía la trayectoria de cada alumno del futuro. Todo esto podría convertir a la IA en un apéndice con los atributos necesarios para agudizar la percepción del bien común, fortalecer los vínculos sociales y prolongar las herramientas de la razón humana.

Sin embargo, este cúmulo de promesas contiene, a su vez, una serie de desafíos y contradicciones que es imperioso abordar. Existen, ya en nuestro presente, tensiones éticas que podrían trastornar la estructura misma de nuestras sociedades. Una de ellas es la creciente concentración del poder tecnológico en un número reducido de

* Secretario General de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI).

corporaciones y gobiernos que poseen datos masivos e infraestructura para diseñar sistemas avanzados de IA. Esa asimetría impone –o como mínimo amenaza con hacerlo– una nueva forma de desigualdad: la capacidad de decidir qué se considera conocimiento, qué se concibe por verdad y qué tipo de vida merece defensa y protección. En lugar de democratizar la inteligencia, la IA podría terminar consolidando jerarquías rígidas de control y vigilancia a escala planetaria. Por otra parte, a medida que los sistemas adquieren cada vez más autonomía, se desdibuja la frontera de la responsabilidad: ¿quién se hará cargo en las próximas décadas de decisiones tomadas por algoritmos que ni siquiera sus propios creadores comprenden del todo? Este futuro posible trae consigo un límite a la ética tradicional, que se afirma en la imputación de actos conscientes a sujetos individuales, axioma que se torna incompleto ante redes de aprendizaje que actúan sin intención aparente, pero con consecuencias reales. Por último, se debe considerar el riesgo cierto de que la IA –que se alimenta de un gigantesco caudal de datos motorizado por grandes modelos de lenguaje– profundice la replicación de sesgos, prejuicios más o menos dilatados, exclusiones, errores históricos, discriminaciones e iniquidades legitimadas por usos y costumbres nunca desmantelados. Sin malicia, la IA puede reproducir la malicia humana a partir de una opacidad cada vez más compleja de fiscalizar.

8 Todas estas amenazas han sido descritas y valoradas en *Magnífica Humanitas*, la primera encíclica del Papa León XIV, publicada en mayo de 2026. En ella, el Sumo Pontífice nos exhorta no solo a regular la IA, sino también a repensar la manera en que habitaremos el mundo junto a ella. El filósofo Byung-Chul Han, al recoger el prestigioso premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades 2025, expresó que no estaba en contra de la IA, diciendo a continuación que “puede ser muy útil si se emplea para fines buenos y humanos. Pero también con la inteligencia artificial existe el enorme riesgo de que el ser humano acabe convertido en esclavo de su propia creación. La inteligencia artificial puede ser empleada para manejar, controlar y manipular a las personas. Por eso, la tarea acuciante de la política sería controlar y regular el desarrollo tecnológico de manera soberana”. La educación será, en este contexto, un insumo central; necesitamos empezar a programar con discernimiento, ajustar nuestras expectativas acerca del poder supuestamente infinito de los cálculos y valorar en igual medida aquella zona de la sensibilidad humana que no se visibiliza en datos pasibles de medición. El nuevo debate ético demandará entender el vínculo entre lo humano y lo artificial como una coevolución y no como una guerra de trincheras en la que uno de los lados deberá predominar.

Con ese objetivo, la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI) y la Pontificia Comisión para América Latina (PCAL) de la Santa Sede se han propuesto colaborar en una serie de líneas de trabajo vinculadas con la irrupción de la IA en los territorios de la educación, la ciencia y la cultura. Una de estas iniciativas es el número especial de la *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad* que hoy presentamos, en el que se conjugan cuestionamientos, reivindicaciones, críticas y propuestas tanto técnicas como morales para arrojar luz sobre la actualidad ética de la IA y su influencia en Iberoamérica, región caracterizada por

desigualdades persistentes y una urgencia cada vez más acuciante por incorporarse de forma integral a una revolución tecnológica que, bien conducida, diversificará las economías nacionales, sofisticará la salud, ahondará la educación y estará en condiciones de resolver problemas de larga data.

Surgidos de una convocatoria abierta y de invitaciones extendidas a distintos expertos, los artículos que nutren el índice acercan contribuciones de investigadores e investigadoras de España, Argentina, México, Costa Rica, Venezuela y Chile. Todos estos textos buscan desplegar caminos para que la IA amplíe las capacidades que nos signan como seres humanos. Si la humanidad logra orientar esta fuerza inédita hacia el bien común, si hace de la IA un espejo crítico y no un sucedáneo de su propia conciencia, entonces el futuro no será una rendición, sino una oportunidad para reinventar lo humano desde la posibilidad de pensar, crear y convivir con cada vez mayor responsabilidad.